

¡Cartel! ...para no dormirse en los laureles.

Blanca Sánchez Gimeno. (Gijón)

Lacan apela al cartel cada vez que vislumbra el cierre de la experiencia psicoanalítica a nivel grupal y realiza el acto de fundar y refundar una Escuela y su causa. En la Nota Adjunta al Acta de fundación del 64 dice: “Recordemos que la peor objeción que se pueda hacer a las Sociedades de la forma existente es el agotamiento del trabajo, manifiesto hasta en la calidad, que causan en los mejores. El éxito de la Escuela se medirá por la salida de trabajos válidos en su lugar”. Me pregunto si existe un agotamiento del trabajo en nuestra comunidad de Escuela. Pienso con inquietud que hay indicios de que pueda estar ocurriendo vinculándolo con la escasez de carteles y producciones de los mismos.

El Pase es el otro gran pilar de la Escuela pensada por Lacan. Formulo la pregunta que guía esta reflexión: ¿es posible una Escuela del Pase sin que sus miembros pasen con asiduidad por un cartel?, planteando como corazón de estas líneas, que hay una sólida conexión que vincula cartel y pase, que carteles y pase son solidarios. Para que exista la emergencia de ese deseo inédito del psicoanalista y se quiera dar pruebas del mismo en el dispositivo del pase tienen que existir unas condiciones de Escuela suficientes para que ese deseo circule. Estas condiciones sólo puede efectuarlas el trabajo sostenido y de muchos en carteles. Nadie se sostiene sólo en su deseo y el cartel me parece el dispositivo adecuado para esta función. Este pequeño grupo cartel que no se sostiene en el amor a un líder ni en la espera de respuestas del Uno que sabría, se anuda sostenido por la transferencia de trabajo y la circulación del deseo.

Si queremos una Escuela viva cuyos miembros contribuyan al avance del saber sobre la experiencia psicoanalítica, se necesitan carteles funcionando desde el inicio del recorrido. Para el que quiere acercarse a la formación psicoanalítica, le da la base para iniciarse en los textos y la clínica, junto a otros colegas más experimentados; para los psicoanalistas practicantes da la oportunidad de un debate entre pares con las preguntas candentes que a cada uno le trabajan por su análisis o por los pacientes que escucha, preguntas que no vienen escritas en los libros y respuestas que no son colectivas, que cada uno elabora de nuevo, siempre de nuevo, con el saber que la experiencia deposita; uno elabora sólo ...pero no sin los otros. Para los analistas que llamaré “fin de análisis”, sujetos desidentificados, el cartel les brinda la oportunidad de no delirar solos y poner a funcionar lo que les causó, al servicio del saber psicoanalítico y de otros.

Por otro lado –abro un paréntesis-, Lacan no quería sólo analistas en su Escuela, y el cartel, si creyéramos en él, sería un buen instrumento para empaparnos de otros saberes que pueden ayudar a la teorización de la experiencia analítica, si fuéramos capaces de interesar en ella a personas de otras disciplinas. ¡Esto sería empujar el Campo Lacaniano con el viraje de discursos y el plus de saber que se puede decantar!

Lacan quería una Escuela que no desmintiera lo real en juego en el psicoanálisis, y sus intentos de Escuela fueron su respuesta a este deseo, con estructuras colectivas, cartel y pase, que permitieran ir contra la tendencia en cualquier grupo del desmentido de lo real; lo real, de donde se forma el analista, añade Lacan. Una Escuela que asentándose sobre el no todo del saber, tocara una punta de lo real. Para que la formación de los psicoanalistas no desconozca los imposibles en que lo real se manifiesta, y que el saber por venir pueda ser posible, no es suficiente el análisis personal, -que da un atisbo de la estructura del propio saber inconsciente y el vacío sobre el que se funda-, se necesita que la cadena no se rompa, se necesita el anudamiento de muchos vacíos para poder sostener ese saber si no se quiere su desaparición, y ese anudamiento, borromeo a ser posible según Lacan, hecho y deshecho una y otra vez en carteles sucesivos, es la única manera de mantener abierta la hiancia de ese saber que es pulsátil y se cierra si no se lo trabaja lo suficiente. La mayor aspiración de los humanos, todos lo sabemos, es una querencia sin igual a no querer saber nada de lo real que nos habita, y si los psicoanalistas pretenden no dormirse en los laureles, el cartel les permite mantenerse despiertos en el encuentro con otros colegas que con su escucha, preguntas y deseo relanzan el deseo de saber de cada uno.

El cartel crea un espacio de intimidad necesario para el despliegue de las preguntas de la investigación propia; pero para que esto sea posible se necesita la confianza: la confianza mutua de que lo que allí se diga será escuchado con respeto por muy incipiente y poco articulado que pueda parecer; la confianza de que la respuesta del otro no se basa en la mala fe sino en el intento de hacer avanzar; la confianza para tratar las posibles crisis o salidas de tono que en un momento dado alguno de los componentes pueda tener; la confianza de que ese real que conforma a cada cuál y que le da su estilo y su sello peculiares, con sus virtudes y defectos, va a poder ser soportado por la estructura de ese pequeño grupo; la confianza de que lo que se capta de cada integrante, más allá de sus dichos, en su vertiente más pulsional y descarnada,

no va a ser utilizado para minar el ser de cada cual en la comunidad local ni fuera de ella. Un cartel no puede sostenerse sin que la tan manida ética del psicoanálisis se encarne en sus componentes. Sólo hay posibilidad de trabajo en común si esa ética se vive en los actos no sólo analíticos en las consultas, sino en los pequeños actos donde nos juntamos. Si se dan estas condiciones el cartel es un aparato excepcional donde uno se atreve a pensar, no a repetir la doxa conocida, un lugar donde lo que todavía no ha sido escrito y que está por serlo, pueda tener su oportunidad de advenir, esa elaboración provocada que Lacan dice que el más uno debe velar. El cartel cuando funciona, teje entre sus miembros lazos de trabajo y de saber subversivos que nada tienen que ver con el discurso amo o universitario; cuando funciona, un cartel sostiene lo que cada integrante tiene para decir...que todavía no ha sido dicho; en el cartel, a veces, se escucha el decir de cada cual, lo que compone una experiencia francamente inusual.

El cartel actualiza el deseo de mantener vivo el psicoanálisis, único motivo por el que una Escuela es necesaria. Si la Escuela de los Foros quiere que el Pase tenga alguna oportunidad, entonces sus miembros han de tejer la estructura que lo sostenga, que no es otra que los carteles.

Extracto de la Comunicación presentada en las Jornadas de Escuela DEL-F5- España, San Sebastián Febrero 2007.